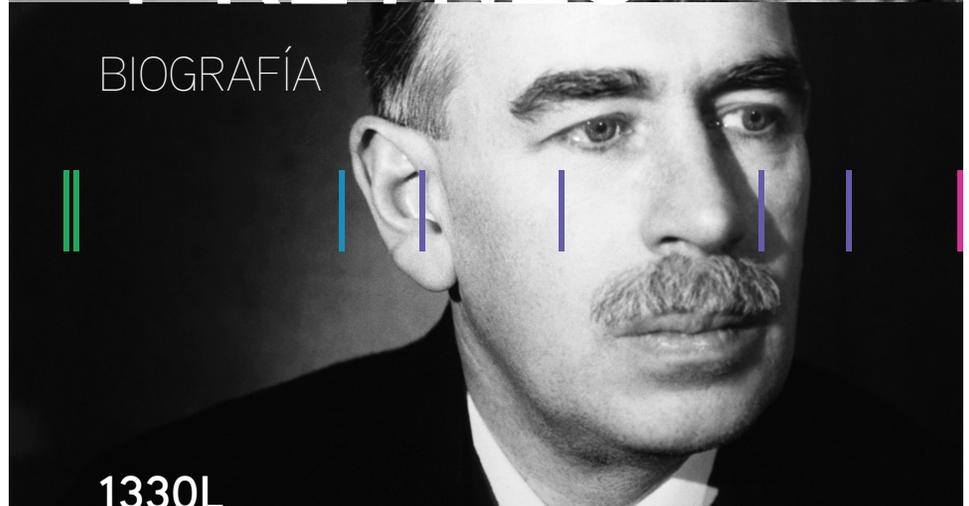
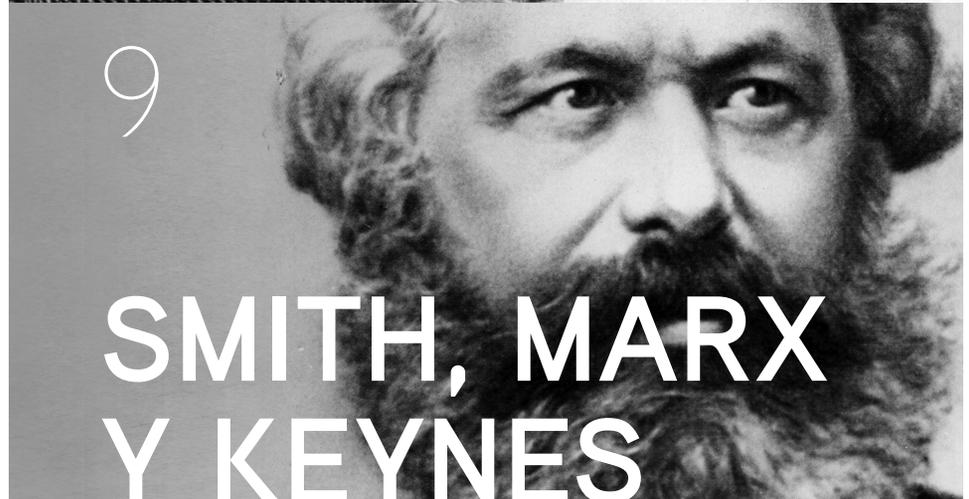




9

SMITH, MARX Y KEYNES

BIOGRAFÍA



1330L

PROYECTO BIG HISTORY



SMITH, MARX Y KEYNES

MODELOS ECONÓMICOS PARA EL
MUNDO MODERNO

Adam Smith

Nacimiento el 5 de junio
de 1723, Kirkcaldy,
Escocia

Fallecimiento el 17 de julio
de 1790, Edimburgo,
Escocia

Karl Marx

Nacimiento el
5 de mayo de 1818,
Trier, Prusia

Fallecimiento el 14
de marzo de 1883,
Londres, Inglaterra

John Maynard Keynes

Nacimiento el 5 de junio
1883, Cambridge,
Inglaterra

Fallecimiento el 21 de
abril de 1946, Sussex,
Inglaterra

Por Daniel Adler

Abarcando tres siglos de historia, desde el nacimiento de la era industrial hasta los tiempos modernos, tres pensadores diferentes desarrollaron sus teorías memorables sobre el comercio, el trabajo y la economía global.

Pensamiento económico vs. comportamiento económico

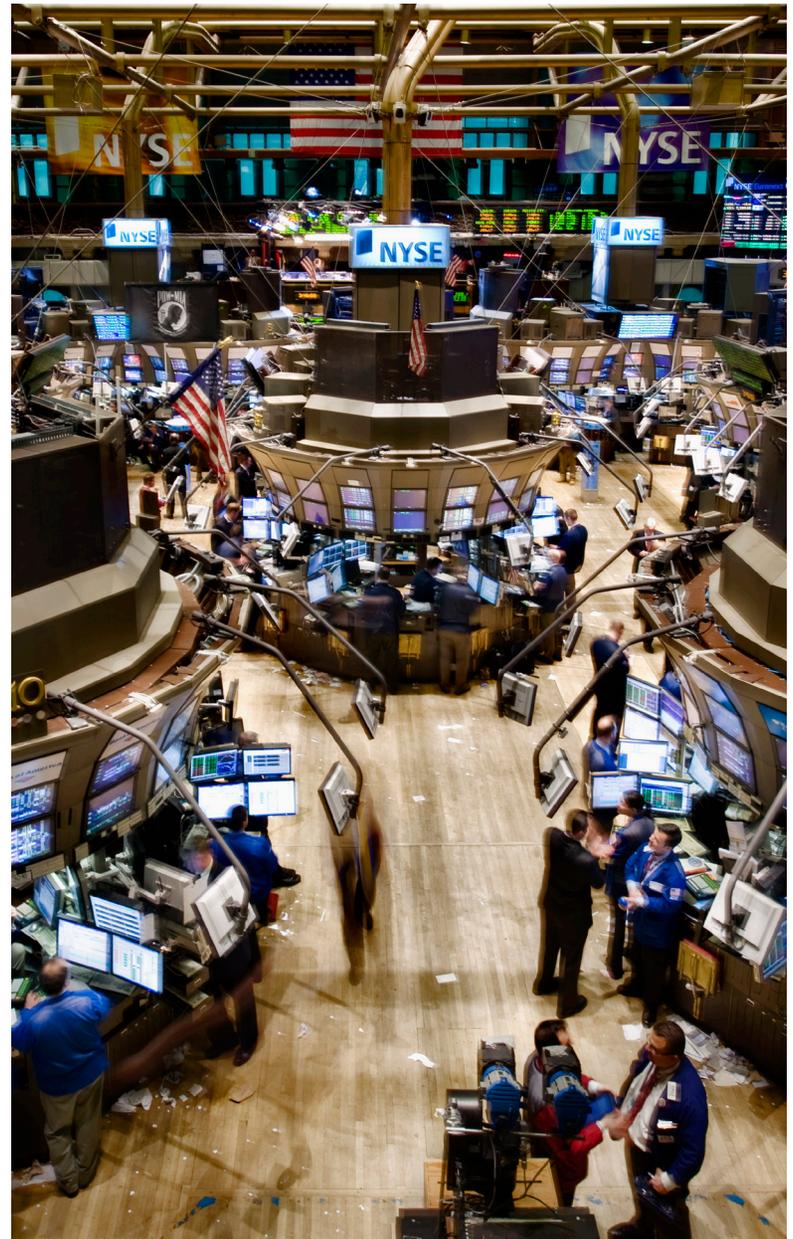
“La economía es un estudio de la humanidad en el negocio común de la vida”, escribió el economista del Siglo XIX Alfred Marshall. ¿Qué opciones enfrentas en los negocios comunes de tu vida? Comprar ropa, decidir qué comer, o buscar un trabajo, todas involucran consideraciones de costos, escases e intercambio con otras opciones. Aunque no pienses en ellas como tales, estas son decisiones económicas.

Ahora, extiende esa idea a escalas más allá de tus transacciones personales. La sociedad moderna está compuesta por una compleja red de decisiones personales con implicaciones locales, nacionales e incluso mundiales. La economía es el campo del conocimiento que busca analizar, interpretar y comprender sistemáticamente estas decisiones. En la práctica, la economía es una herramienta dinámica que usan los gobiernos, comercios e incluso las personas para observar, gestionar e influenciar la manera en que las personas producen y consumen bienes y servicios.

Los tres economistas perfilados en este artículo, Adam Smith, Karl Marx y John Maynard Keynes, contribuyeron de manera sustancial al desarrollo de la economía como una ciencia. Sin embargo, las consideraciones de la producción, distribución, elección, escases y usos alternativos son muy anteriores a estos hombres, desde los primeros días de la humanidad. Mucho antes de que hubiera un pensamiento económico, había un comportamiento económico.

La economía de la cacería

En palabras del historiador de economía Roger Backhouse, “La economía no tiene un principio o un ‘fundador’; la gente siempre pensó acerca de asuntos que ahora consideramos son parte de la economía”. Los primeros humanos, por ejemplo, gastaban mucha energía para rastrear y matar grandes animales, que tenían que distribuir, y cada individuo tenía que decidir si lo conservaba o lo usaba. Aun sin el desarrollo de sistemas culturales, comerciales o legales, la toma de decisiones económicas eficaces era, a menudo, esencial para sobrevivir.



La sala de negociación de la Bolsa de Valores de Nueva York, 2009

Cuando los grupos de cazadores-recolectores se agruparon en sociedades más organizadas, las decisiones acerca de la distribución de los recursos y la designación de las tareas se hacían más complejas. Durante muchos miles de años, no fue el igualitarismo comunitario de los tiempos de los cazadores-recolectores o el individualismo de hoy lo que impulsó tales decisiones. Más bien, como dice el historiador de economía del Siglo XX Robert Heilbroner, la gente trabajaba según la “costumbre” (haciendo el trabajo que era heredado de la generación anterior), o por “obligación” (trabajando para evitar la violencia u otra represalia). Ni el herrero en la Europa medieval, ni el granjero en India, ni el esclavo constructor de pirámides en Egipto, trabajaron para lograr sus objetivos, sueños o prosperidad.

Las primeras economías también estuvieron marcadas por una actitud ambivalente hacia el dinero y el deseo de tener riqueza para el beneficio propio. Heilbroner escribió: “La idea de ganar...era extraña para el gran estrato bajo y medio de Egipto, Grecia, Roma y las culturas medievales, solo se difundió a lo largo de las épocas del Renacimiento y la Reforma, y estuvo muy ausente en la mayoría de las civilizaciones orientales” (Heilbroner, pp. 24–25). Los que trabajaban con dinero (comerciantes, prestamistas y hasta los artesanos con habilidades especializadas) a menudo eran vistos con sospecha y, en ocasiones, castigados por innovar con sus oficios. En consecuencia, las habilidades y la tecnología avanzaron gradualmente y los trabajos y normas similares se extendieron a lo largo de muchas generaciones.

Alrededor del año 1500 se pusieron en movimiento varios cambios dramáticos. El comercio transoceánico estableció nuevas redes e impulsó el aprendizaje colectivo y la comercialización. El intercambio monetario global creó un reconocible y transferible almacenamiento de riqueza y medios de intercambio. Los mercados particulares, alguna vez lugares físicos para el simple intercambio de bienes, empezaron a emerger para crear el sistema de mercados, que, de acuerdo con Heilbroner, “no solo es un medio para el intercambio de bienes, también es un mecanismo para sustentar y mantener a toda una sociedad” (Heilbroner, pp. 26–27). Para los años 1600 y 1700, la costumbre y la obligación dejaron de ejercer tanta influencia como la persecución de la riqueza. En vez de la supervivencia, la obediencia o la tradición, fue “el incentivo de la ganancia...[que] dirigieron a la gran mayoría hacia sus tareas” (Heilbroner, p. 21). Fue en esta era, al borde de la Revolución Industrial, que Adam Smith vivió y trabajó.

Adam Smith

Cuando nació el escocés Adam Smith (1723–1790), la industrialización y el sistema de mercado impulsado por las ganancias estaban reemplazando los sistemas económicos impulsados por la costumbre y la obligación en toda Europa. Estos cambios reflejaron el cambio intelectual hacia la racionalidad, el progreso, la libertad y el secularismo, en general conocido como la Ilustración.

Smith estudió en Glasgow, Escocia, y en Oxford, Inglaterra. Como profesor, conferencista, tutor privado para niños de la realeza europea, consejero económico del gobierno y comisionado de aduanas en Escocia, Smith tenía una comprensión integral de la economía, lo que fue capturado más enérgicamente en una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones, mejor conocida (y referida de aquí en adelante) como *La riqueza de las naciones*.

Escrita durante el nacimiento de la Revolución Industrial, *La riqueza de las naciones* describe un modo cada vez más dominado por el comercio y el capitalismo. Aquí, Smith nos da sus observaciones de una visita a una fábrica de alfileres:

Un hombre saca el alambre, otro lo endereza, un tercero lo corta, un cuarto le saca punta, un quinto lo pule en la parte superior para recibir la cabeza; para hacer la cabeza se requieren dos operaciones distintas; ponerla es un trabajo peculiar, blanquear los alfileres es otra; incluso ponerlos en el papel es un oficio particular; y el negocio importante de hacer un alfiler es, de esta manera, dividido en cerca de dieciocho operaciones diferentes... [Una fábrica promedio de diez trabajadores] puede hacer entre todos ellos algo más de cuarenta y ocho mil alfileres al día. Por lo tanto, se puede considerar que cada persona hace cuatro mil ochocientos alfileres en un día. Pero si ellos los hubieran forjado de manera separada e independiente, y sin que ninguno de ellos haya sido educado para este negocio peculiar, ciertamente ninguno de ellos podría hacer veinte, y tal vez, ni un alfiler al día.

(*La riqueza de las naciones*, p. 10)



Grabado de Adam Smith

En otras palabras, ¡la división del trabajo permitió que un hombre sea tanto como 4,800 veces más productivo que si trabajara solo! Además, Smith argumentó que las personas tienen un impulso natural para mejorar sus vidas. Este interés en sí mismos, sugirió, impulsa a los mercados a satisfacer las demandas individuales produciendo los bienes y servicios que las personas quieren. Él llamó a esto la “mano invisible”, y escribió, “No es por la benevolencia del carnicero, el cervecero, o el panadero que esperamos nuestra cena, sino por la consideración de sus propios intereses” (La riqueza de las naciones, p. 20).

Sugirió que la competencia entre empresas previene la explotación de los consumidores al garantizar los precios justos y la calidad de los productos, fomentando la constante innovación económica y satisfaciendo la demanda de los consumidores. En pocas palabras, la competencia hace que todos sean honestos, porque los clientes que son tratados injustamente por una empresa pueden ser condescendientes con otra.

La visión de Smith de que las funciones complejas de la sociedad y la economía emergieron, involuntaria pero eficazmente, de las acciones egoístas de cada persona deben haber sido tranquilizadoras y liberadoras en un mundo ansioso por nuevos medios de organización económica, social y política. Fue realmente popular: la primera edición de La riqueza de las naciones se agotó en seis meses.

Las asombrosas perspectivas de Smith no solo capturaron su tiempo con precisión, también previeron mucho de la economía del futuro, lo que es evidente en la permanencia del capitalismo de mercado libre como el principal modelo económico de los más de 200 años recientes. En la actualidad llamamos a esta estructura “liberalismo económico” (diferente de la alineación política “liberal” en Estados Unidos) y la liberación de las economías continúa en todo el mundo (Balaam y Veseth, pp. 48–49).

Aunque Smith predijo muchos de los éxitos del capitalismo industrial, vivió muy al principio de la Revolución Industrial para ver sus peores excesos. Se requirieron algunas décadas más para producir a un crítico cuyo cinismo hacia el capitalismo se iguala al optimismo de Smith. Ese crítico fue Karl Marx.

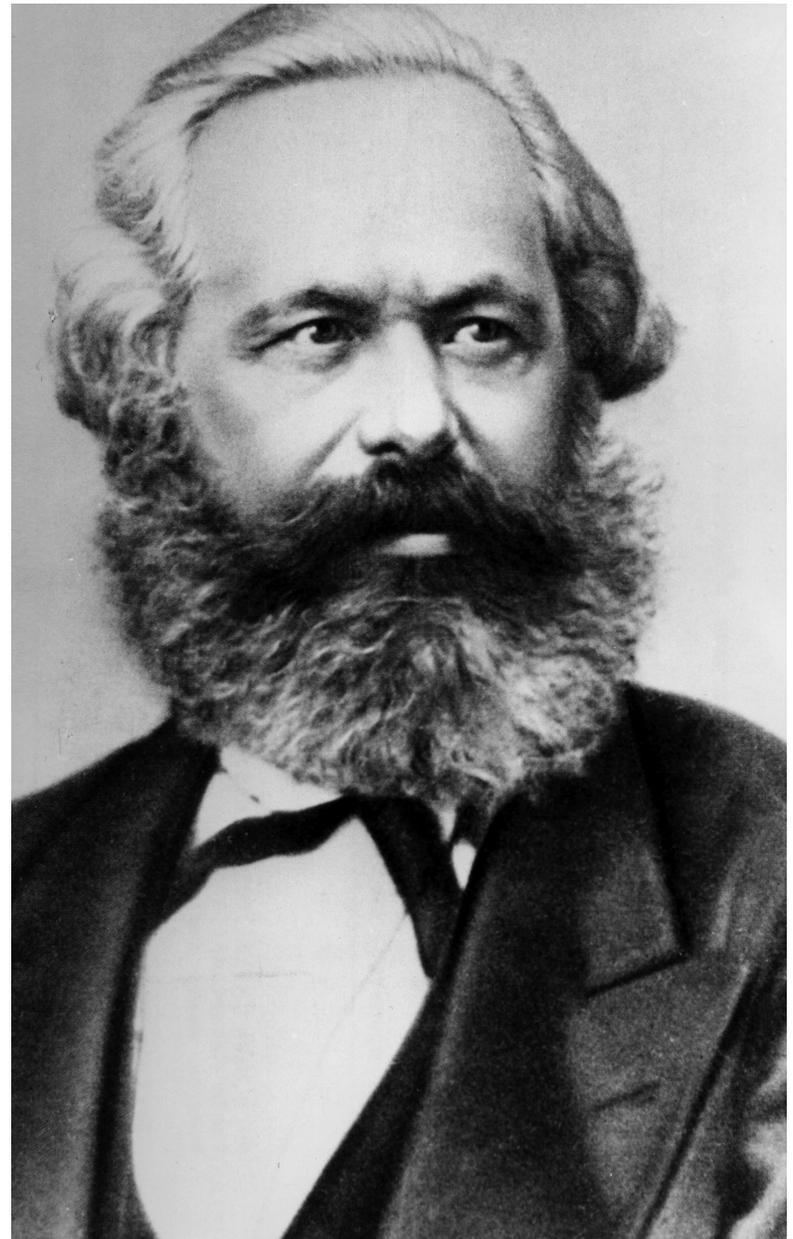
Karl Marx

Karl Marx (1818–1883) nació a la mitad de la Revolución Industrial, en una familia de clase media de Prusia (un antiguo reino alemán que comprendía partes de la Alemania y Polonia actuales). Tuvo una vida turbulenta: fue encarcelado por embriaguez pública cuando estudiaba en la universidad, no cuidaba su hogar ni su apariencia personal, y gastaba sus ingresos de manera frívola, provocando que su familia viviera frecuentemente en el borde de la pobreza. Durante la mayor parte de su vida profesional, Marx fue un escritor en una variedad de periódicos liberales, radicales y extranjeros, cambiándose entre Prusia, Francia, Bélgica e Inglaterra porque continuamente era puesto en las listas negras o era deportado por sus puntos de vista radicales.

La actitud de Marx hacia el capitalismo era mordaz. En una era en la que “la Revolución Industrial había cambiado los procesos de producción a un sistema de fábricas y había creado una nueva clase gobernante de propietarios de fábricas” (Bussing-Burks, p. 85), Marx percibió pobreza, desigualdad y lo inevitable del cambio. Marx y su coautor más frecuente, Friedrich Engels, estaban indignados por las miserias que enfrentaban las clases trabajadoras de las ciudades industriales europeas, y canalizaron este enojo en dos monumentales trabajos escritos que formaron los fundamentos del comunismo moderno: El manifiesto comunista, publicado en 1848, y la obra en cuatro volúmenes, 2,500 páginas, Das Kapital (El Capital), publicada en 1867.

El análisis de Marx ve la “historia de todas...las sociedades [como] la historia de la opresión de las clases”. Marx interpretó la historia humana como una serie de eras, cada una definida por sistemas de producción de bienes que crearon las clases de los gobernantes y los gobernados. Este proceso ya había progresado del esclavismo al feudalismo al capitalismo y, según la visión de Marx, eventualmente llevaría a una sociedad de clases llamada comunismo.

¿Por qué se oponía Marx al capitalismo? Él creía que los “capitalistas” (los dueños de las máquinas, propiedades e infraestructura usada para producir cosas) era una clase separada de los trabajadores, o “proletariado” que no tenían nada, solo el derecho de vender su trabajo a cambio de salarios. La teoría de Marx es que los capitalistas, en competencia entre ellos por las ganancias, exprimirían tanto trabajo del proletariado



Karl Marx, enero de 1870

como pudieran al menor precio posible. Además, la competencia provocaría que algunas firmas capitalistas fracasaran, aumentando el desempleo (y, por lo tanto, la miseria y la pobreza) entre el proletariado. Las innovaciones en tecnología no eran necesariamente positivas; las máquinas nuevas aumentarían el desempleo (haciendo que el trabajo humano sea cada vez más ineficiente y obsoleto) a la vez que hacían que el trabajo fuera aburrido, repetitivo y enajenador.

Pero Marx no rechazaba el capitalismo totalmente, él lo veía como una etapa necesaria para desarrollar un estándar de vida de la sociedad. Pero en esta visión, el descontento del proletariado inevitablemente llevaría a anular las clases gobernantes para crear una sociedad más equitativa, al principio socialista (en la que el estado controlaría la economía y distribuiría los recursos más equitativamente) y después comunista (una sociedad sin estado, clases e igualdad sin propiedad privada ni nacionalidad).

Las creencias, teorías y predicciones de Marx representan una escuela del pensamiento llamada Marxismo. Sin embargo, los profesores de economía política internacional David Balaam y Michael Veseth advierten que no hay una lectura definitiva de Marx, y que “el marxismo es a la vez una teoría de economía, política, sociología y ética. Para algunos, también es un llamado a la acción” (Balaam y Veseth, p. 73). Como llamado a la acción, el marxismo tuvo más influencia en el Siglo XX, cuando inspiró varias marcas de actividad revolucionaria, incluida la Revolución Rusa en 1917 y el levantamiento de gobiernos comunistas en China, Vietnam y Cuba, así como en muchos países del este de Europa y África. Desde entonces ha fracasado, con el colapso de la Unión Soviética (U.R.S.S) a principios de la década de 1990, China ha cambiado hacia una economía amigable con los mercados, y los países comunistas más pequeños que dependían de ellos y ahora adoptan sistemas más orientados al mercado.

Como teoría, el marxismo es probablemente más duradero. Aunque algunos creen que el declive del comunismo desacredita a Marx, otros recurren a su enfoque para criticar el fenómeno económico por razones sociales. Aun cuando el capitalismo define la mayor parte de las economías del mundo, el marxismo sigue vivo en “la idea de que el capitalismo puede someterse a un escrutinio y adaptación serios” (Bussing-Burks, p. 95). En otras palabras, el escepticismo de Marx acerca del capitalismo inició un diálogo constante acerca de sus deficiencias y cómo puede ser mejorado. Aunque no era marxista, nuestro tercer economista, John Maynard Keynes, tuvo mucha influencia en la confrontación de los dilemas del capitalismo al inicio del Siglo XX.

John Maynard Keynes

John Maynard Keynes (1883–1946) nació en una familia educada, y durante su vida trabajó como académico, en publicaciones económicas, como consejero privado en finanzas y administración, en la especulación de mercados y como oficial en la Tesorería Británica.

Aunque sus contribuciones en economía fueron extensas, Keynes es más famoso por sus ideas acerca de la Gran Depresión, la mayor crisis económica del Siglo XX. Los efectos de la Depresión se sintieron en todo el mundo desde el principio de la década de 1930 hasta mediados de la de 1940. Los Estados Unidos sufrieron un incremento del desempleo de 3 a 25 por ciento, reducción del ingreso nacional a la mitad y casi la suspensión de la construcción residencial (Buchholz, p. 210).

El análisis de Keynes sobre la Gran Depresión se enfocó en la función de los ahorros. En su libro de 1936 *La teoría general del empleo, interés y dinero*, Keynes argumenta que los ahorros excesivos pueden provocar la ruina económica. Una economía débil hizo que las empresas dudaran o no fueran capaces de hacer inversiones que crearan empleos. Sin empleos, las personas no tenían ingresos que, si se hubieran gastado, habrían estimulado la demanda de más producción. Los ahorros aumentaron en anticipación a los problemas económicos. Pero después los ahorros se agotaron debido a que el desempleo persistió. La racionalidad personal (ahorros en tiempos difíciles) llevó a la irracionalidad colectiva (un ciclo inquebrantable de declive económico).

Keynes creía que el gobierno debería apoyar la economía. Aunque en general Keynes apoyaba el capitalismo de mercado libre, los desafíos únicos de la Depresión requirieron soluciones únicas. Keynes argumentaba que solo el gobierno tenía los recursos para gastar el dinero que los consumidores particulares y las empresas no podían gastar para así romper el ciclo.

Este enfoque demostró ser relevante en las décadas de 1930 y 1940. Los programas New Deal (Nuevo Trato) de alivio gubernamental del Presidente Franklin D. Roosevelt fueron diseñados para estimular la economía a principios de la década de 1930, y los recortes al presupuesto federal a finales de esa década provocaron una inmediata recesión económica. El gasto gubernamental excesivo para financiar la Segunda



John Maynard Keynes, 1940

Guerra Mundial coincidió con el final de la Depresión. Aunque algunas políticas de Keynes han mezclado los resultados, el panorama general parecía confirmar los argumentos de Keynes, y hasta la década de 1970, el Keynesianismo predominó en la economía de los Estados Unidos. Los programas sociales domésticos “Great Society” (Gran Sociedad), incluido Medicare y el financiamiento de la educación, reflejaron el pensamiento Keynesiano. Y también lo hizo el establecimiento de muchas de las instituciones que formaron la base del intercambio y las finanzas internacionales, tales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Aunque las décadas de 1980 y 1990 vieron un resurgimiento de las teorías “clásicas” de la economía más cercanas a Smith que a Keynes, la reciente “recesión” presenta una nueva oportunidad para debatir si la economía Keynesiana sigue siendo viable.

El Poder de la economía

Regresemos a nuestra pregunta original: ¿Qué opciones enfrentas en los negocios comunes de tu vida? Smith, Marx y Keynes explicaron cómo las decisiones personales, conscientes o no, se ajustan a un orden superior, afectando no solo a los que las toman, sino también a sus familias, comunidades, países e incluso al mundo. Con el tiempo, muchos otros pensadores han desarrollado sus propios modelos distintos así como agendas para explicar y administrar la actividad económica.

El poder de la economía radica en su capacidad para revelar el complejo funcionamiento de la sociedad. La idea de que todos somos afectados por la economía quizás se resume mejor en una cita del mismo Keynes:

Las ideas de los economistas y filósofos políticos, tanto cuando están en lo correcto como cuando no, son más poderosas de lo que se comprende normalmente. En realidad, el mundo está gobernado por poco más. Los hombres prácticos, que creen en sí mismos para estar exentos de otras influencias intelectuales, normalmente son los esclavos de algún economista difunto. Los hombres malos en puestos de autoridad, que escuchan voces en el aire, están destilando su frenesí a partir de algún escritor académico de hace algunos años.

Conforme la sociedad se mueve alrededor de negocios comunes de la vida, la economía siempre está presente tras el telón; es observada por algunos, influenciada por otros, pero nos afecta a todos.

Fuentes

Backhouse, Roger. El negocio ordinario de la vida: Una historia de la economía desde el mundo antiguo hasta el Siglo XX. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2002.

Balaam, David y Michael Veseth. Introducción a la economía política internacional, 3.a edición. Upper Saddle River, NJ: Pearson Education, Inc., 2005.

Buccholz, Todd G. Nuevas ideas de economistas muertos: Una introducción al pensamiento económico moderno, edición revisada. Nueva York: Plume (Penguin Putnam), 1999. Bussing-Burks, Marie. Economistas influyentes. Minneapolis: Oliver Press, 2003.

Heilbroner, Robert L. Los filósofos mundanos: Las vidas, tiempos e ideas de los grandes pensadores económicos, 7.a edición revisada. Nueva York: Touchstone, 1999.

Keynes, John Maynard. La teoría general del empleo, interés y dinero. Orlando, FL: First Harvest (Harcourt), 1965.

Smith, Adam. Una investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones, volumen 10. Nueva York: The Collier Press, 1909.

Créditos de las imágenes

Un grabado sin fecha de Adam Smith, dominio público

Karl Marx, enero de 1870 © adoc-photos/CORBIS

Un retrato de estudio de John Maynard Keynes por Gorden Anthony, a finales de la década de 1930 © Hulton-Deutsch Collection/CORBIS

La Bolsa de Valores de Nueva York, 2009 ©Justin Guariglia/CORBIS

NEWSELA

Los artículos nivelados por Newsela han sido ajustados en varias dimensiones de la complejidad del texto, incluidas la estructura, el vocabulario y la organización del texto. El número seguido por una L indica la medida Lexile del artículo. Para más información sobre las medidas Lexile y sobre cómo corresponden a los niveles de grado: <http://www.lexile.com/about-lexile/lexile-overview/>

Para conocer más sobre Newsela, visite www.newsela.com/about.



La estructura Lexile® para la lectura

La Estructura Lexile® para la lectura evalúa la habilidad para leer y la complejidad del texto en la misma escala del desarrollo. A diferencia de otros sistemas de medición, la Estructura Lexile determina la habilidad para leer con base en evaluaciones reales, en vez de la generalización de la edad o el nivel de grado. Reconocido como el estándar para emparejar lectores con textos, decenas de millones de estudiantes en todo el mundo reciben una medida Lexile que los ayuda a encontrar lecturas específicas de los más de 100 millones de artículos, libros y sitios web que se han medido. Las medidas Lexile conectan a los estudiantes de todas las edades con recursos del nivel adecuado de complejidad y supervisan su progreso hacia los estándares de competencias estatales y nacionales. Hay más información acerca de la Estructura Lexile® en www.Lexile.com.